

LETRAS AL MARGEN



EDUARDO ANTONIO PARRA El local se halla aún prácticamente vacío cuando Mateo inserta en su estéreo el mp3 y sube el volumen. Al escuchar los primeros mugidos del acordeón sonrío, y permanece unos instantes al lado del aparato hasta que brota de él la voz aguda, rasposa, del vocalista. Entonces Mateo vuelve junto a nosotros y dice satisfecho: Ah, esa música. Enseguida me pregunta si estoy seguro de que el disco trae “La Reina del Sur”. Sí, respondo. ¿Y “La camioneta gris”? También. Su sonrisa se torna más amplia. Luego va detrás de la barra, descorcha una nueva botella de tinto y sirve otra ronda antes de tomar asiento a nuestra mesa mientras tararea los compases de “La tumba falsa”.

Salvo por las copas de vino tinto, la escena sería bastante común en cualquier pueblo o ciudad del norte de México. Lo que la vuelve extraña es que ocurre a miles de kilómetros, en otro continente, en un país donde la música ranchera no sólo es desconocida, sino inconcebible. Mateo es español, malagueño de nacimiento, y regentea una pequeña cava de vinos peninsulares en los bajos de la pensión donde mi mujer y yo nos hospedamos: una casa cuya construcción data de alrededor del año 1100, situada a menos de cien metros de la Mozartplatz, en Salzburgo, Austria. En los días que llevamos aquí he advertido que de las distintas habitaciones brotan constantemente solos de violín, acordes de piano, rasgueos de clavicordio o arpa —por lo regular

interpretando obras del genio emblemático de la ciudad—, pues nuestros vecinos son ejecutantes que ensayan durante el día para los conciertos nocturnos. Pero en estos momentos Mateo no quiere saber nada de Mozart, ni de los nuevos virtuosos de la música culta, sino sólo escuchar con atención la letra de las canciones de Los Tigres del Norte.

Aunque en lo personal siempre he adorado la música, nunca he

sido ortodoxo en lo que a mis elecciones se refiere. No creo que existan ciertos tipos de obras para determinados momentos o lugares. Desde niño, mis gustos han oscilado entre las composiciones de los “grandes” y las de los poetas populares que prestan voz y guitarra a los sentires del pueblo. Así, Beethoven y José Alfredo, Arvo Part y Cuco Sánchez, sinfonías y rancheras, sonatas y corridos se han ido acumulando sin mayores

El compositor y la bandida

distinciones en mi memoria hasta conformar un bagaje melódico un tanto extraño, lo sé, pero muy placentero.

Entran algunos austriacos a la cava del malagueño. En cuanto oyen los giros del acordeón, la guitarra y el tololoche ponen cara de sorpresa, luego ríen y ocupan su asiento. Mateo va hacia ellos, toma su orden, hace alguna broma

atraído por los acordes de un nuevo corrido—, lucen fascinados con el ritmo y unos versos que, excepto Mateo, no alcanzan a comprender. ¿Será la magia de lo exótico?, me pregunto.

En todo caso, cuando yo comencé a aficionarme a Mozart vivía en Nuevo Laredo. Con el entusiasmo de la adolescencia ponía a girar una y otra vez sus

intentos de censura que ha habido en México.

Y se va. Y vuelve de nuevo. Y ahora no tararea: canta “La Reina del Sur” a todo pulmón. Ha llegado más gente. El local está lleno. El volumen del estéreo al tope; seguro Mateo lo puso así en otro de sus viajes a la cava. Varios comensales balancean el cuerpo al compás del corrido. Ríen y gesticulan. Otros

EL LOCAL ESTÁ LLENO. EL VOLUMEN DEL ESTÉREO AL TOPE; SEGURO MATEO LO PUSO ASÍ EN OTRO DE SUS VIAJES A LA CAVA

en alemán y, cuando busca tras la barra la botella que le pidieron, aprovecha para subirle un poco más al volumen. Ahora es “Contrabando y traición” el corrido que sacude las bocinas. Ése es un verdadero clásico, le digo a nuestro anfitrión. Sin darse cuenta y sin interrumpir la plática con sus compañeros, uno de los austriacos comienza a marcar el ritmo sobre la mesa. Y pienso: Los Tigres del Norte triunfan en la tierra de Mozart. ¿No es irónico? En México, en algunas reuniones —borracheras— con mis colegas intelectuales, he puesto esta misma música, pero tras fingir entusiasmo por la primera pieza, los escuchas pronto dan muestras de incomodidad, aburrimiento o disgusto. En cambio aquí, en una de las capitales mundiales de la música clásica, un español emigrado, varios austriacos y otro grupo que en este instante ingresa al local —acaso

acetatos en el viejo estéreo Fisher que mi padre había adquirido en el otro lado. En esa frontera, a finales de los setenta, en todas las casas, bares y cantinas se escuchaban las interpretaciones de Los Cadetes de Linares, de Ramón Ayala, de Carlos y José, Los Alegres de Terán y, por supuesto, de Los Tigres. En este contexto, ¿no era un acto de exotismo que un muchacho de catorce años sintiera las palpitations de una angustia extática al escuchar el *Réquiem* de un salzburgués nacido más de doscientos años atrás?

—La grandeza de los narcocorridos— me dice el filósofo malagueño en tanto llena de nuevo nuestras copas, esta vez con un caldo de un rojo mucho más profundo —radica no en la exaltación del delincuente, sino en la denigración del gobierno, al que pone en evidencia. Por eso los

tamborilean los dedos en copas y botellas. Y no se si se deba a este excelente tinto español, pero de pronto veo cómo la música adquiere forma de mujer —es Teresa, la Mexicana, el personaje creado por Arturo Pérez-Reverte que después fue comprimido en seis o siete estrofas y unas pocas notas muy sencillas— y guiada por la voz del Tigre Mayor abandona la Tasca de Mateo, sale al callejón Chiemseegasee, da vuelta en la esquina y avanza unos cuantos pasos para llegar a la Mozartplatz, que hasta hace unos segundos estaba en silencio. Ahí se pone a vibrar —a bailar— alrededor de la estatua de Wolfgang Amadeus. Entonces el genio deja de contemplar la madrugada y sacude casi imperceptiblemente las orejas, mientras sus labios de bronce verde se curvan en una breve sonrisa de aprobación 🍷

TANGO VI (EDITADA Y EN CRISIS) / ÓLEO SOBRE TELA / 60 X 50 CM

